



VERDAD Y CONVERSIÓN

Según una antigua tradición asiática, en la corte imperial cada año se escribía la historia del reino. Dos altos ministros del emperador se encargaban de ello. El uno tenía que poner por escrito las cosas buenas que habían ocurrido en el reino; el otro tenía que hacer una lista de todo lo negativo que había sucedido; pero ninguno de los dos sabía lo que escribía el otro.

En una audiencia especial y pública, a comienzos del año nuevo y ante la corte imperial, ambos redactores tenían que leer su balance. Todos esperaban conocer la verdad contrastando los dos informes.

Después de haber escuchado las crónicas, el emperador, dirigiéndose a la corte, decía: «Quien tenga entre vosotros algo que decir, que lo diga».

Así fue como un día el emperador invitó a todos a expresar su opinión. Pero nadie se atrevía a hablar. Reinaba el más absoluto silencio. De repente se oyó a alguien gemir y llorar. Entonces el emperador preguntó: « ¿Quién llora? El que está llorando venga ante mí y hable». Salió un mandarín, hizo una triple reverencia ante el emperador y dijo con mucho respeto: «Majestad, nadie en esta corte se atreve a decir la verdad. ¡Temo que nuestra nación esté en peligro y se derrumbe!».

Estamos invitados a ser buscadores y testigos de la verdad en la esperanza, ante el Señor y ante el mundo, por el bien de la Iglesia. En el año jubilar del 2000 Juan Pablo II dio al mundo un extraordinario testimonio y un ejemplo, pidiendo perdón a Dios por los errores y las faltas de los hijos de la iglesia a lo largo de la historia y ofreciendo a su vez el perdón.

Si me atrevo a invitar a la conversión es porque el Señor mismo nos la pide. Como administradores de sus bienes, puede repetirnos la palabra del Evangelio:

-«Dame cuenta de tu administración».

Se trata de una conversión de una situación negativa o mediocre a una realización más auténtica del Evangelio. Se trata de abandonar las falsas esperanzas para poner toda nuestra esperanza en Cristo.

Esta conversión se corresponde con el espíritu Cristo, con el sentido de la peregrinación de la vida hacia Dios, hacia la luz que ilumina y vence nuestros pecados.

No nos asuste nuestra debilidad. También Pedro era débil. Es precisamente la conciencia de nuestra fragilidad lo que nos hace auténticos discípulos de Cristo y nos impulsa a realizar en el corazón de la Iglesia una renovación constante.

F.X.N.V.T.

UN PIE EN EL CIELO Y OTRO EN LA TIERRA

Se dice que santa Brígida de Suecia tenía un pie en el cielo y el otro firmemente apoyado en la tierra. Aunque fue una mujer buena y piadosa, también tuvo que ocuparse de muchos asuntos terrenales.

Brígida y su esposo tuvieron ocho hijos y una vida familiar muy feliz y ajetreada, pero ella siempre buscó tiempo para orar y hacer buenas obras. Más tarde una de sus hijas diría de ella: "Mamá ayudaba a todos los que tenían una vida difícil, ya fueran pobres, pecadores, peregrinos, huérfanos o viudas. Ella era una madre compasiva y amorosa para todos."

Cuando fue convocada a la corte real para contribuir en la educación de la nueva novia del rey, le impactó al descubrir que el estilo de vida que llevaban no era muy cristiano. Brígida criticó abiertamente al rey, a la reina, a los clérigos y a los miembros de la corte que eran inmorales o carecían de virtud y caridad. Muchos cortesanos se ofendieron y se alegraron mucho cuando se marchó.

Años más tarde, cuando su esposo hubo muerto y sus hijos eran mayores, Brígida repartió sus posesiones entre ellos y los pobres y se fue a vivir a un monasterio tras realizar una peregrinación de Suecia a Roma (un viaje que llevaba ocho meses) y de allí a Jerusalén.

¿PORQUÉ UNOS SÍ Y OTROS NO?

¿Por qué unos están deprimidos con más frecuencia que otros? Algunos dicen: es mi suerte, mis condiciones y las cosas que me han ocurrido son tales que me abocan a estar triste. Pero eso no es cierto. Quien cree que sus circunstancias son tales que necesariamente tiene que vivir deprimido ya no tiene probabilidad de curarse de esta enfermedad. Eso se llama fatalismo.

Nosotros hemos conocido gente feliz, contenta, optimista, irradiante de felicidad, y esto con una salud muy defectuosa, con una situación económica bajísima y con series de circunstancias desdichadas. Pero han convertido en alegría lo que los invitaba a lanzarse a los abismos de la depresión, y todo porque descubrieron el secreto de los secretos: QUE LO QUE PRODUCE LA DEPRESION NO SON LAS CIRCUNSTANCIAS MALAS QUE NOS SUCEDEN SINO LA ACTITUD MENTAL QUE TENEMOS ANTE ESAS CIRCUNSTANCIAS.

Mientras una persona no cambie su actitud mental ante lo que le sucede, esa persona es incurable en su depresión. Y si además renuncias a acudir a Dios para que te ayude... ¡Peor te lo pones!

RESPUESTA COMPLETA

El papa Juan XXIII era una persona muy bondadosa, y se cuentan de él infinidad de anécdotas fascinantes. Una de ellas se refiere al día en que estuvo dialogando con otras dignidades de la Iglesia acerca de algunas de las verdades básicas de nuestra fe. Entre otras cosas, él les preguntó:

-¿Cuál creen ustedes que es la finalidad de nuestra vida? Varios de los presentes le respondieron citándose a las enseñanzas del catecismo, a saber:

-Nuestro fin es conocer, amar y servir a Dios, Nuestro Señor, y gozar eternamente de Él en el cielo.

El buen Papa Juan se sonrió, pero hizo al mismo tiempo con la cabeza un movimiento de desaprobación. Finalmente, él mismo dio la respuesta que nadie le había dado:

-Tienen la razón, hasta cierto punto, en que el fin del hombre es conocer, amar y servir a Dios. Pero eso no basta. Debemos ayudar a los demás para que también conozcan, amen y sirvan a Dios.

SE HACE CAMINO AL ANDAR

Cada año, setenta mil personas procedentes de todas las partes del mundo inundan las sendas del Camino de Santiago; un acontecimiento significativo en el que el hombre contemporáneo, de hecho, se descubre peregrino en el mundo.

Por mucho que se diga al respecto, «sólo caminando se sabe qué es el Camino», dice José, ingeniero ya jubilado. Ahora que el Camino se ha convertido en un fenómeno de masas, ¿qué es lo que mueve cada año a más de 70 mil personas a ponerse en marcha desde Francia a Navarra y de ahí hacia Galicia, a lo largo de la Vía Láctea, hasta el confín último, al finis terrae, allí donde la tierra desemboca en la inmensidad del océano Atlántico? Caído en el olvido durante más de un siglo, el Camino infunde su atractivo fascinación no sólo sobre las jóvenes generaciones en busca de un sentido para la propia vida, sino también -quizá sobre todo- sobre cuantos advierten la necesidad de una pausa, de un viraje o una conversión radical respecto a las ocupaciones de la vida cotidiana. Supone todo un descubrimiento de las raíces comunes, el itinerario a lo largo del cual se ha formado Europa. «El camino te obliga a hacer cuentas con tus motivaciones profundas - añade José-. Caminando cada día más de 20 kilómetros bajo el sol candente, te ves obligado a hacer caer tu máscara, a volver a descubrir el valor de la solidaridad y de la hospitalidad. Y la saludable experiencia de los propios límites, físicos y espirituales. Y al mismo tiempo, el redescubrimiento de lo que verdaderamente cuenta».

EL CALIDOSCOPIO

Un calidoscopio es un juguete en forma de cilindro hueco, con espejos en sus laterales internos y papelitos de colores entre dos vidrios en una de sus aberturas que ofrece variedad de imágenes simétricas a quien observa por el orificio opuesto.

Había una vez un hombre, todavía joven, que quedó ciego a causa de heridas de guerra. Para poder sobrevivir desarrolló su innata habilidad manual. Llegó a destacar como artesano pero como por su ceguera trabajaba lentamente, la venta de las escasas piezas que realizaba sólo le permitía ganar lo suficiente para llegar a fin de mes.

Se acercaba la Navidad y quiso obsequiar a su hijo de cinco años con un regalo especial, ya que hasta entonces los únicos juguetes que había conocido eran los trastos del taller de su padre con los que inventaba aventuras y reinos fabulosos. Se le ocurrió fabricarle un calidoscopio parecido a uno que había tenido él cuando era niño. Durante muchas noches trabajó en el juguete, dando forma al cilindro, preparándolo por dentro y triturando piedrecillas de diversos tipos, papelillos y restos de vidrios, espejos y metales.

Después de la cena de Navidad se lo entregó a su hijo que no cabía en sí de gozo: ¡qué hermoso regalo le había traído Jesús aquella Navidad a través de las ásperas manos de su padre ciego! Durante los días siguientes fue a todos lados con su calidoscopio y al regresar a la escuela del pueblo, pasadas las vacaciones navideñas, lo llevó consigo y en el recreo lo exhibía y compartía lleno de orgullo con sus compañeros, fascinados por aquella maravilla.

Uno de los chicos, tal vez el mayor del grupo, preguntó al hijo del artesano:

-¿Dónde te han comprado ese maravilloso calidoscopio? Aquí en el pueblo nunca se ha visto nada igual.

-No me lo han comprado -contesto el niño, emocionado- me lo hizo mi padre.

-¿Tu padre? -respondió el otro, incrédulo-. No es posible. Tu padre es ciego. El niño quedó en silencio unos instantes. Y con la sabiduría que sólo da el cariño respondió:

-Mi padre es ciego, sí... pero de los ojos. Sólo de los ojos.

Y es que el amor permite ver y hacer lo que otros no pueden.



EL PRECIO DE LA IRA

Es casi imposible lograr calcular el inmenso costo que exige la ira a nuestro organismo y a nuestra vida espiritual. Las pérdidas que ella proporciona son incalculables. Con razón dice el salmo 72: «Cuando mi corazón se llenaba de amargura y yo estallaba en ira yo era como un necio y como un ignorante, más aún, como un animal feroz».